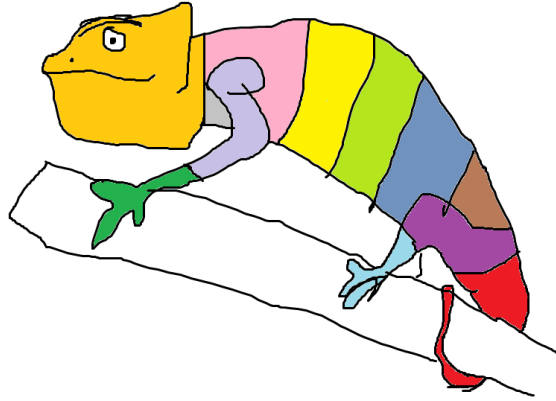


EL CAMALEÓN QUE QUERÍA SER OTRA COSA



En un rincón de la selva entre árboles obtusos nació un día, indefinido, un camaleón confuso. Eran sus escamas más coloridas que las puestas de sol y creció poco a poco, siendo al mismo tiempo de todos y de ningún color. Pero al alcanzar la edad temprana de la adolescencia, se dio cuenta con envidia de que todos los demás animales del lugar exhibían con complacencia pelajes uniformes y bien determinados del mismo tono por todos lados. Él camaleón no sabía realmente quién era, con tanto color. Se puso una bata bien ceñida, de forma que no se le viera y decidió probar suerte siendo alguien distinto, alguien que no era.

A la mañana siguiente se acercó al mar, donde llamó a voz en grito a un calamar.

- ¡Amigo, llama al pulpo, que quiero que hoy vayamos juntos!

Se sumergió el calamar y salió más tarde el pulpo, con sus ojos bien redondos y con cara de disgusto.

- ¿Qué quieres? – preguntó al camaleón.
- Quiero ser como tú.

- Muy bien, ven conmigo a bucear dentro de este mar azul.

El camaleón buscó ocho palos y se los ató para imitar a su maestro. El pulpo se rio y le tendió un tentáculo, que el camaleón cogió listo para el espectáculo. Pero ya dentro del agua, advirtió este que se ahogaba. *“No puedo ser camalulpo”*, se dijo para sus adentros. Señaló a la superficie y se salió del océano.

De vuelta a su casa se puso a pensar: *“Al pulpo me parezco, no está nada mal. Pero a ¿quién quiero engañar? Ni siquiera compartimos la forma de respirar”*. Ya probaría suerte al día siguiente. Y se puso a bailar con muy buen ambiente.

Así fue como decidió ser ardilla. Las ardillas le parecían graciosas con sus dientes afilados y su glotonería por toda clase de cosas. Además, por fortuna, vivían sobre el suelo. Fue a ver a mamá ardilla y le dijo:

- Madame, ¿le importaría que durante un día, probara yo a ser ardilla?
- Claro que no pequeñajo, ven conmigo que ya bajo.

Entonces el camaleón imitó el pelaje de la ardilla y completó el tono marrón-rojizo con un manojito de ramitas en la cola y unos pétalos por dientes en la boca. La acompañó todo el día, de arriba abajo en la villa. Que si una nuez por aquí, una bellota por allá. Pero claro, el camaleardilla no era capaz de abrir tan duras cáscaras con sus pétalos, ni de conservar los frutos en sus patas mientras saltaba por los aires. Muy triste, ya a la noche, se quitó su cola deshecha y marchó a su casa. Pero no importaba, tal vez no fuera una buena ardilla - al fin y al cabo, ni siquiera le gustaban las nueces-, pero el camaleón estaba seguro de que valía para algo.

¿A él que le gustaba comer? *“Insectos”* se dijo. Y bailó un rato.

Al siguiente día se levantó temprano, con la convicción de que quería ser pájaro. Subió a ver a la cigüeña y le pidió, con boquita pequeña:

- Cigüeña de mi *corasón*, yo querría ser gorrión.
- Eso está hecho muchacho, ven con migo que me marchó.

Y el camaleón se concentró en ser un pajarillo, con varias plumas del nido se hizo un vestido. Cogió dos hojas del suelo preparado para el vuelo. Al saltar desde lo alto, deseó ser un camalájaro, pero por mucho que agitó las hojas el suelo se acercaba cada vez más rápido. Lo peor de todo fue, cuando estando ya en el suelo, todos sus compañeros se rieron de sus patas, tan cortitas y sin alas. Salió corriendo el pobre camaleón, que seguía sin ser nadie. *“Tal vez coma lo que ellos, pero no floto en el aire”*.

Ese día volvió a casa y reflexionó un rato. *“Yo podría ser un sapo. Los sapos sacan su lengua tan larga como un yoyó, exactamente como hago yo. Tal vez sea fácil ser un sapomaleón”*. Pero al oír cierta música se puso a bailar sin tasa, sin darse cuenta entonces, de que por su ventana pasa una hermosa camaleona con un tarro de moscas azucaradas.

Ella se paró y miró encantada el baile frenético del camaleón. Observó la función un rato, sacando una tras otra, las moscas del tarro. El camaleón se giró, pues llegaba a su nariz un olor parecido al regaliz.

Las escamas de la camaleona reflejaban los rayos del sol, de forma que iluminaba toda la habitación. Él se quitó su bata y vio con admiración el color de sus propias escamas. Esa revelación le hizo sentir que finalmente era feliz. No por ser como los demás, sino por ser él mismo – valga un poco de narcisismo -. Y él a su manera, había conquistado a la camaleona más guapa de la selva.

No por ser pulpomaleón, o camaleardilla o camalájar. Sino por su amor a bailar con tanto desparpajo.

Moraleja: Si buscas en los otros tu identidad no encontrarás la felicidad.

“Fue mirando las gaviotas cuando se le ocurrió por primera vez a Homer Wells que era libre”.